

Las maternidades en la poética de Rosario Castellanos (Motherhood in the Poetic of Rosario Castellanos)

Gloria Vergara*

Abstract: This article explores various representations of the maternal figure in the poetic works of Rosario Castellanos, allowing us to engage in a dialogue with her philosophical and essayistic vision. Within this spectrum of maternal roles, we will examine feelings and attitudes of and toward the mother, recognizing the multifaceted nature of motherhood. We begin our study with an introduction to motherhood, then delve, through literary analysis, into the diverse metaphorical pronouncements about the mother figure that the poet from Chiapas makes in *Poesía no eres tú*. These pronouncements are refracted as a complex reality on the edge of interpretation when we engage in dialogue with her philosophical thesis *Cultura femenina* and her essays on women published in *Mujer que sabe latín*, *Juicios sumarios* and those compiled in *Mujer de palabras*.

Keywords: motherhood, Mexican culture, Rosario Castellanos

Introducción

La maternidad se construye a partir de diversos aspectos tanto individuales como colectivos que surgen de las múltiples relaciones en las que se configura la mujer como madre. Por su complejidad en cuanto rol identitario, es necesario abordar el concepto de manera multidisciplinaria, como sugieren los estudios postfeministas, pues “la experiencia o práctica de la maternidad no es única ni inmutable, sino que es performativa y potencialmente transformadora” (Borham-Puyal & Martín, 2024, 53). Por ello, hablar de la imagen de la madre hoy, implica romper estereotipos y contemplar un abanico de posibilidades, coloraciones y maneras de asumirse como tal. Si pensamos en un constructo general de la madre, debemos incluir en esta visión polifocal: actitudes, sentimientos, saberes y múltiples aspectos específicos de la maternidad, pues como lo señalaba Rosario

* Gloria Vergara (✉)

University of Colima, Mexico

e-mail: glvergara@uclm.mx

Castellanos (2024, 481), los sentimientos son también parte de la formación, “no son algo dado por la naturaleza, sino creados por la cultura. Porque los sentimientos, como todo el resto de las aptitudes humanas, se educan”.

Hay quienes distinguen entre la maternidad vista como parte de la estructura patriarcal que somete a las mujeres y, por otro lado, como la experiencia de ser madre que da empoderamiento en términos feministas, como lo reconoció Adrienne Rich, quien aborda estos matices en *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution* (1976). La poeta y teórica estadounidense asegura que es necesario echar abajo la idea de que la maternidad es algo “natural”, que la madre no tiene identidad y que puede encontrar su realización cuidando niños todo el día (de la Paz 2022). En este sentido, ya no podemos quedarnos con la idea fija de un estereotipo idealizado de la madre; tampoco es conveniente polarizar las visiones entre la madre perfecta y la mala madre, pues entre una perspectiva y otra, hay cambios sustanciales que no podemos dejar de lado.

Estos cambios aún no se hacen tan evidentes en un contexto general; sin embargo, ya en los últimos años del siglo XX, con el impacto de las avanzadas feministas, el concepto tomó un giro político al hablar de “maternalismo” y los estudios sobre la maternidad abrieron nuevas brechas de discusión. A partir de esto, el “ser madre” se ve ya no solo como un estereotipo, sino como un rol social y cívico (Borham-Puyal & Martín, 2024). Andrea O’Reilly destaca la necesidad de un feminismo “matricéntrico” que se enfoque en las problemáticas intrínsecas de las mujeres madres, a su identidad y trabajo, pues estas son oprimidas por el sistema patriarcal como mujeres y como madres (Ibid.).

Sin duda algo ha cambiado en el concepto de maternidad, desde la segunda mitad del siglo XX hasta nuestros días; sobre todo, se han multiplicado los roles fuera de casa en el ser madre trabajadora, por ejemplo. Pero, como afirma Emilce Dio Bleichamar, independientemente del trabajo que ejerza fuera del hogar, ante los ojos de la sociedad todavía se cree que la madre debe permanecer “disponible, comprensiva, cuidadora y cariñosa” (Marchisio y Campo 2016, 475). Ser madre es un “deber ser” en nuestra cultura, como dice Marcela Lagarde (2012). Y por ese “deber ser”, las mujeres somos consideradas “administradoras del amor, ya sea pasional (amante) o familiar (esposa, madre). El sentimiento amoroso parece ser para

nosotras un estado, el estado. La sociedad nos lo asigna. La cultura entera nos lo recuerda” (Bleichmar 2014, 13).

Frente a ese constructo complejo que supone la maternidad, Rosario Castellanos hacía notar, desde los años setenta del siglo pasado, la necesidad de que la mujer sea respetada y valorada tanto en el hogar como en el trabajo. “Que tenga voz y voto. Autoridad y prestigio” (Castellanos 2024, 680). Es necesario romper esa estrecha galería en la que queda atrapada la mujer mexicana, la madre. La visión de Rosario coincide con la de Rich, pues ambas reconocen que la historia de las mujeres debe ser reescrita desde una nueva conciencia crítica y reflexiva.

A partir de lo expuesto hasta aquí, nos proponemos revisar de manera puntual cómo Rosario Castellanos habla del tema y representa distintas aristas de la maternidad en su obra poética, construyendo un diálogo con su postura filosófica y ensayística.

La madre y sus maternidades en Rosario Castellanos

En *Sobre cultura femenina*, la escritora chiapaneca afirma que la mujer está confinada al hogar y a la maternidad por dos motivos: la supuesta inferioridad frente al varón y su exclusión de la cultura, vista como el “hogar” masculino. Así “la mujer, en vez de escribir libros, de investigar verdades, de hacer estatuas, tiene hijos” (Castellanos 2005, 181). Solo unas cuantas se atreven a romper este cerco impuesto por la visión masculina de pensadores como Arthur Schopenhauer, Otto Weininger y Georg Simmel, quienes hablaban de las mujeres como seres imbéciles, ignorantes, incompetentes, sin raciocinio.

Históricamente, además de que ha sido considerada un poco menos que bestia, si la mujer tiene hijos fuera del matrimonio, convierte su maternidad en “el pecado más monstruoso y [a] la madre [en] un ser que está fuera de lo estrictamente humano, un lastre de animalidad que es necesario destruir” (Ibid, 190).

Pero Rosario contraviene estos presupuestos. En su obra poética describe, cuestiona y critica el ejercicio de la maternidad en la mujer mexicana, formada para el hogar y el matrimonio. Vista así, el ideal heredado de la cultura occidental judeocristiana le premia “por la pureza prenupcial, por su fidelidad al marido, por su devoción a los hijos, por su laboriosidad en la casa, por su cuidado y prudencia para administrar un patrimonio que ella no estaba capacitada para heredar y para poseer” (Castellanos 1998c, 877). Rosario destaca en *Mujer que sabe latín*, que a la mujer se le pide ser virtuosa. Y una madre

mexicana debe cumplir con este virtuosismo que engloba: “la constancia, la lealtad, la paciencia, la castidad, la sumisión, la humildad, el recato, la abnegación, el espíritu de sacrificio” (Ibidem).

En *Poesía no eres tú*, identificamos este mismo predicamento sobre lo que se le inculca y exige a la mujer. En el poema dramático *Salomé*, la hija representada dice: “fui educada para obedecer/ y sufrir en silencio./ Mi madre en vez de leche/ me dio el sometimiento” (Castellanos 1995, 126). Con esto Rosario nos planta ante el estereotipo de la madre abnegada que se asegura de perpetuar su destino.

En “Acción de gracias” deja ver a la madre que predica la paciencia como el máximo valor al que puede aspirar: “Mi madre repetía:/ la paciencia es metal que resplandece” (Ibid, 217). Allí mismo, describe el trabajo del hogar, el orden que como madre pone en las cosas cotidianas y el predicamento: “Yo no quiero apartarme de su ejemplo” (Ibid, 218). Porque la madre como mujer es educada para ordenar la casa y atender a los otros.

“Metamorfosis de la hechicera” nos hace pensar en las miradas controversiales de la madre abnegada y pura frente a la mala madre. Aquí la mujer engaña, pero en soledad sufre: “Mujer, tuvo sus máscaras y jugaba a engañarse/ y a engañar a los otros/ mas cuando contemplaba su rostro verdadero/ era una flor de pétalos/ pálidos y marchitos: amor, ausencia y muerte./ Y en la corola había/ alguna cicatriz casi borrada” (Ibid, 205). Desde esta perspectiva de la madre que sufre, Rosario evidencia el ultraje de la madre violada. En “Última crónica” enuncia: “El himen desgarrado fue la hazaña/ del rudo semental y de ella hemos nacido/ tú, yo, nosotros, los que atestiguamos/ y los que permanecen en la orilla” (Ibid, 214). Luego dibuja el destino histórico: “Después llegaron los mutiladores,/ los chalanes que fueron a venderla/ al mercader de esclavas.” (Ibidem) Como la tierra o la patria “fue saqueada mil veces: fue aherrojada/ en calabozos húmedos” (Ibidem).

En esta revelación de la sujeto lírica que habla en una especie de marasmo, brota la verdad que cuesta nombrar, ante la que muchas veces huimos como lo hace la mujer en el poema. Porque se huye de la verdad como se quiere huir de los violentadores (el usurpador, el padrastro, el dominante, el macho). En “Malinche”, dice: “Desde el sillón de mando mi madre dijo: “Ha muerto”./ Y se dejó caer abatida/ en los brazos del otro, usurpador, padrastro” (Ibid, 285-286). Enseguida describe la violación de la niña, el padre asesinado y el

desprecio de la madre hacia la hija que la suplantarán: “Arrojada, expulsada/ del reino, del palacio y de la entraña tibia/ de la que me dio a luz en tálamo legítimo/ y que me aborreció porque yo era su igual/ en figura y en rango/ y se contempló en mí y odió su imagen/ y destrozó el espejo contra el suelo” (Ibid, 287).

De aquí se desprende un cuestionamiento sobre las actitudes y sentimientos de la madre violada ante la hija también violada, de la madre que sufre la humillación del cuerpo y la humillación de ser suplantada por la hija. En una automirada, la sujeto lírica de este poema enuncia cómo es declarada muerta y enterrada: “Yo avanzo hacia el destino entre cadenas/ y dejo atrás lo que todavía escucho: los fúnebres rumores con los que se me entierra.” (Ibid, 287) La condena entonces es física y moral. La mujer se ve en el espejo roto no por la libertad, sino por la violencia, escucha la voz de la madre: “Y la voz de mi madre con lágrimas ¡con lágrimas!/ que decreta mi muerte” (Ibidem).

Pero más allá de la Malinche como el arquetipo de la madre que se conflictúa con la heredad de la violencia, hay una gama de representaciones en la poesía de Rosario Castellanos que da cuenta de otras prácticas de la maternidad en la cultura mexicana. Veamos esta galería materna.

La madre abnegada

Ser fiel obediente, paciente, sufrida, abnegada son cualidades de la madre tradicional que representa Castellanos y que ubicamos como una de las maneras más arraigadas de ejercer la maternidad en nuestra cultura. Uniendo la visión del arquetipo de Hécuba, la poeta muestra a la madre en su incansable caminar: “En su día fui casta/ y después fiel al único, al esposo” (Castellanos 1995, 196). Luego añade: “Nunca la aurora me encontró dormida/ ni me alcanzó la noche/ antes de que se apagara mi rumor de colmena” (Ibidem).

Pero ser la que sufre, verse como víctima, es una postura cómoda en el imaginario crítico de Rosario. Y es que entre los perfiles ocultos de la madre, está ese que describe tanto en sus versos como en algunos ensayos y entrevistas que refieren a lo biográfico. Uno de los recuentos más duros que la poeta hace de su madre está relacionado con esta visión:

Mi mamá murió de cáncer. Un cáncer dolorosísimo con una agonía horrenda, y la teníamos a base de morfina. Entonces, mi papá, cuando mi mamá estaba agonizando —con la morfina, que nada más salía de un estado de sopor, para

inmediatamente recibir la otra dosis—, mi papá tenía gripe. Entonces mi mamá se levantaba, completamente mareada, completamente mal, descalza, agarrándose de las paredes, porque no podía ni mantenerse, para llegar hasta el cuarto de mi papá y preguntarle a él cómo había amanecido, porque era el “Señor”. Entonces mi papá se daba el lujo de darle la espalda y mirar hacia la pared y no contestarle. Cuando yo veía esto, yo a quien quería matar era a mi mamá, porque me parecía una abyección a tal punto, tan gratuita y tan innecesaria. Pero la cara de beatitud que ella ponía cuando comprobaba que él era ese monstruo... Regresaba a la cama... sonriendo. Era una cosa totalmente repugnante. Era el orgasmo, ir y ver que el otro era capaz de llegar hasta eso... y perdonar. La que no pudo perdonar fui yo. Perdonarla a ella. Pero cuando uno va viendo toda la elaboración, la víctima era él. Lo habían obligado a convertirse en eso. (Megged 1994, 128).

La madre abnegada se enfrenta en múltiples circunstancias a la imagen del esposo como el castigador, malo, pero indispensable para la sobrevivencia de la mujer madre. En *Cuadernos de Jerusalén* Rosario hablada la salvación que representa el matrimonio ante la idea del pecado original y la maternidad en el imaginario social. La voz de la madre resuena como campana ante la hija: “¡ Un hombre es un monstruo!, pero tú alguna vez te vas a tener que casar con un hombre, porque si te quedas sola, eres la nada pura”. (Megged 1994, 124).

La madre abnegada ejerce la maternidad como sinónimo de sufrimiento, de sumisión, porque aunque no lo digan las mujeres, Rosario lo expresa: “Tener un hijo es el dolor más espantoso del planeta. ¡Es horrible!, no sabes, no te puedes imaginar!” (Ibid, 124) Sin embargo, decirlo está vedado en el discurso eufemístico y camuflado, así como en las actitudes manifiestas antes los demás. Un ejemplo claro de ello está en *El eterno femenino* cuando la mamá de Lupita dice: “No hay felicidad comparable a la de ser madre, Lupita. Aunque te cueste, como en muchos, casos la vida. Y siempre, la juventud y la belleza. Ah, pero ser madre... ser madre...” (Castellanos 1998a, 375).

La madre protectora

La que cuida de los otros, la que se desprende de sí para dar todo por los hijos, es la madre protectora que aparece en el poema 10 de “Misterios gozosos” de Rosario Castellanos. Es la “Madre que abre las puertas como abriera los brazos,/ que ha levantado el techo igual que se levanta/ la mano en bendición por sobre mi cabeza,/ y que ofrece el arrimo de sus paredes sólidas/ como quien da a un polluelo el hueco de sus alas” (Castellanos 1995, 84). Es la misma que Rosario ve en *Mujer que sabe latín* “con su capacidad inagotable de sacrificio” (Castellanos 1998c, 967). Solo que aquí hacemos la diferencia de la madre

abnegada porque su relación está circunscrita únicamente a los hijos y en un sentido positivo. Su aura virginal la eleva por encima de cualquier posibilidad de víctima. Podemos decir que esta representación es la más cercana al ideal puro de la madre virgen.

De la virginidad al matrimonio

Una cosa es la imagen virginal de la madre que veíamos arriba y otra la condición de llegar virgen al matrimonio, pues aun cuando no se cumpla o se guarden las apariencias, la virginidad es una condición exigida para tener un “matrimonio decente” y ser considerada una madre digna. Esto es visible tanto en las representaciones del mundo metafórico de Rosario como en la mayoría de los círculos sociales de nuestra cultura, aun considerando las diferencias y atenuaciones distintas del mundo citadino al mundo rural, o los microespacios, marcados por las religiones y prácticas comunitarias o familiares específicas.

La idea de llegar virgen al matrimonio sigue presente, aunque esto se contrapone a la imagen de la soltera “quedada” o la que llega tarde al matrimonio, como lo expresa el poema “Pequeña crónica”, que muestra el peso negativo y las huellas de la virginidad: “Entre nosotros hubo/ lo que hay entre dos cuando se aman:/ sangre de himen roto. (¿Te das cuenta?/ Virgen a los treinta años ¡y poetisa! Lagarto.)” (Castellanos 1995, 283). Por ello Rosario critica la hipocresía a la que se ven arrastradas las mujeres. Dice:

Tengamos el valor de decir que somos vírgenes porque se nos da la real gana, porque así nos conviene para fines ulteriores o porque no hemos encontrado la manera de dejar de serlo... Pero, por favor, no sigamos enmascarando nuestra responsabilidad en abstracciones que nos son absolutamente ajenas como lo que llamamos virtud, castidad o pureza y de lo que no tenemos ninguna vivencia auténtica. (Castellanos 1998c, 889)

Pero más allá de los aspectos positivos o negativos y sus implicaciones con el matrimonio y la soltería, la virginidad está relacionada con la esperanza de ser madre. Como si se tratara de uno de los pasos místicos de la maternidad, la condición de ser virgen alberga la esperanza de alcanzar el ideal materno, de llegar a ser la madre perfecta, la madre virgen. Y esto tiene una explicación fundada en el simbolismo de la trascendencia. La maternidad como un don lo espera la señorita, la soltera que “aguarda, aguarda, aguarda./ Y no puede nacer en su hijo, en sus entrañas,/ y no puede morir/ en su cuerpo remoto, inexplorado.” (Castellanos 1995, 175) Incluso en la lesbiana

de “Kinsey report”, que rompe con el halo de la trascendencia y se planta en los avances tecnológicos, la esperanza de la maternidad emerge: “Cuando nos aburramos de estar solas/ alguna de las dos irá a agenciarse un hijo./ ¡No, no de esa manera! En el laboratorio/ de la inseminación artificial.”(Ibid, 320).

La madre prolífica

El rol de la madre prolífica emana del mandato de sumisión y obediencia: tener los hijos que Dios mande. En “Kinsey report” la señorita que piensa en el futuro esposo, habla de ser: “tan prolífica madre”, como una de las cualidades de buena esposa. Aunque en el poema “Acto de humildad”, la voz poética llega al extremo de la crítica cuando enuncia a través de la animalización: “En otro tiempo me maravilló/ lo fácil que era ser solamente una vaca./ Bastaba con echarse a rumiar y con parir/ cada año un becerro. Con mirar con asombro/ la estructura del mundo y sus apariciones./ Con dejarse engordar y, mansamente,/ ir con los otros hacia el matadero” (Castellanos 1995, 320-321).

En “Testimonio de Hécuba” la poeta representa la maternidad como un don al servicio del esposo, pues aunque se dice que la maternidad le da trascendencia a la mujer, más bien se habla de la trascendencia del padre a través de los hijos que llevarán su apellido. Entonces la madre prolífica en realidad asegura esta continuidad de su “dueño”, como lo nombra en este poema: “Y para que su nombre no acabara/ al acabar su cuerpo,/ tuvo hijos en mí valientes, laboriosos,/ tuvo hijas de virtud,/ desposadas con yernos aceptables” (Ibid, 196).

Con esto vemos a la madre prolífica como un patrón al que hay que seguir, según el dictado de la dominación masculina, ante lo que la madre anula su identidad entre la cosificación y la animalización que expresa la visión crítica de Rosario.

El aborto y la no maternidad

Hay por lo menos tres representaciones de la figura materna relacionadas con el aborto en la obra poética de Castellanos. La primera está ubicada en la posibilidad interrumpida del embarazo con la presencia de la menstruación. En “Pequeña crónica”, el yo lírico señala la aparición de “la hemorragia mensual o sea en la que un niño/ dice que sí, dice que no a la vida” (Castellanos 1995, 283). Para la mujer que aspira a ser madre, la hemorragia mensual representa una tragedia en el contexto de la tradición, pues la esterilidad es también un

estigma que cobra su cuota social, ya sea en el rechazo abierto o los rumores que envuelven a la pareja a causa de su “intrascendencia”.

La segunda representación es el aborto involuntario, que acentúa todavía más lo trágico de la relación de la mujer en su matrimonio, pues si el don de la maternidad se le niega, el sentimiento negativo relacionado con lo estéril aflora como culpa. En el poema I, “De la vigilia estéril”, la voz lírica establece un puente con la realidad si pensamos que Rosario pasó por varios abortos antes de tener a su hijo Gabriel. “Todos los muertos yacen en mi vientre./ Montones de cadáveres ahogan el indefenso/ embrión que mis entrañas niegan y desamparan”. (Ibid, 35). En entrevista con Elena Poniatowska, Rosario dice: “tuve tres hijos, de los cuales murieron los dos primeros” (Megged 1994, 250). Estos tintes que enfocan algunas cuestiones biográficas se entrelazan con la realidad metafórica que nos desvela una plataforma complicada para la mujer madre o que aspira a ser madre.

Pero en este estudio no nos detendremos en esa relación entre la escritura del yo y la voz lírica, pues más allá de las referencias personales que podemos encontrar, por ejemplo, en las dedicatorias a su hija, en *Lívica luz* (1960), nos importan los sentimientos de la mujer ante la negación de la maternidad. Lo estéril se refracta en el no querer porque no se puede; es decir, el doblegarse ante la negativa de Dios. Esto lo podemos percibir cuando la sujeto lírica enuncia: “No quiero dar la vida./ No quiero que los labios nutridos en mi seno/ inventen maldiciones y blasfemias./ No quiero a Dios quebrado entre las manos/ inocentes y cárdenas de un niño” (Castellanos 1995, 35).

Aquí aparece la invocación del hijo que no está, del que no se tuvo o no se tiene, del que se perdió. Entonces, ante el dolor y en el espacio simbólico y sagrado, la voz lírica enuncia: “A ratos, fugitiva del sollozo/ que paulatinamente me estrangula,/ vuelvo hacia las praderas fértiles y lo invoco/ con las voces más tiernas y el nombre más secreto./ ¡Hijo mío, tangible en el delirio,/ encarnado en el sueño!”(Castellanos 1995, 35).

En el poema “Origen”, la mujer no madre emerge metafóricamente del niño no nacido: “Del féretro de un niño no nacido/ de su vientre tronchado antes de la cosecha/ me levanto tenaz, definitiva,/ brutal como una lápida y en ocasiones triste/ con la tristeza pétrea del ángel funerario/ que oculta entre sus manos una cara sin lágrimas” (Ibid, 37). Los sentimientos se mezclan, entrechocan, van y vienen entre la determinación y la tristeza. Así, la cuestión del aborto involuntario, de

la pérdida, convierte a la maternidad en algo amargo, como se ve en “Muro de lamentaciones”: “porque los niños surgen de vientres como ataúdes/ y en el pecho materno se nutren de venenos” (Ibid, 45).

La tercera manifestación del aborto es la interrupción del embarazo no deseado, es decir, el aborto como una práctica de la no maternidad. Aunque por un lado en el imaginario rosarino aparece la madre abnegada, dispuesta a tener los hijos que Dios le mande, y la que en automático tiene partos cada año, Rosario enfatiza que “en la mujer la maternidad es un sentimiento no sólo consciente, sino también libre al que se puede dar curso o evitar” (Castellanos 2005, 182). En este sentido, la poeta dibuja el escenario de la mujer ante el dilema y las posibilidades que aparecen en su entorno para ser madre o evitar ese rol que la estructura patriarcal de sumisión le impone. Aunque no hay representación evidente de la práctica del aborto por el embarazo no deseado como tal, Rosario menciona varias veces los anticonceptivos que usa la soltera quien deja ver que tuvo relaciones, pero no desea el embarazo: “Me asusté mucho. Fui con un doctor/ que me dio algo y no hubo consecuencias” (Castellanos 1995, 317-318). O el miedo de la mujer casada sometida sexualmente por el marido. En “Kinsey report” dice: “me preocupa otro embarazo” (Ibid, 317).

Así, las tres manifestaciones del aborto y la maternidad nos dejan ver que por lo menos en las dos primeras pesa mucho más el estigma de lo estéril. Es decir, no poder ser madre implica no cumplir con el mandato sociocultural y eso conduce a la culpa y la amargura en la mujer desamparada, huérfana de los hijos que Dios no le dio.

La maternidad y el sexo

La mujer tiene el don de la maternidad, pero su sexualidad es aceptada únicamente como medida reproductiva en el mundo representado por Castellanos. En *El eterno femenino*, publicado de manera póstuma, y que parece una síntesis de las ideas críticas acerca del imaginario de la mujer mexicana, la madre le reclama a su hija la supuesta felicidad en su matrimonio: “Una señora decente no tiene ningún motivo para ser feliz... y si lo tiene, lo disimula. Hay que tener en cuenta que su inocencia ha sido mancillada, su pudor violado. Ave de sacrificio, ella acaba de inmolarse para satisfacer los brutales apetitos de la bestia” (Castellanos 1998a, 371).

Rosario enfrenta aquí a dos generaciones. La madre de Lupita que oculta y niega el placer y la hija que la interroga: “¿Cuál bestia?”, dejando ver que ya no cree en esa carga maligna hacia el matrimonio y

el hombre como engendro del mal que la poseerá. Entonces la madre reclama sus esfuerzos para formarla en su ideología y tradición: “Y no me vayas a salir con que te gustó porque voy a pensar que todos los esfuerzos que hice para educarte fueron vanos. ¡Yo cosiendo ajeno para pagar las escuelas más caras, los internados más exclusivos!” (Castellanos 1998a, 371). En esta cosmovisión confinadora, la mujer no debe disfrutar del sexo ni mucho menos hablar de ello. Hacerlo, equivale a ser estigmatizada como puta, como loca. La mujer que disfruta su vida sexual es vista como seductora y está del lado del mal, es un engendro del demonio.

Con lo anterior se explica que en la realidad representada de “Kinsey report”, la casada no puede aceptar que le gusta el sexo, pues “es decente”; en cambio, se queja de que los niños se pueden despertar en la madrugada con los chirridos y el escándalo de las relaciones sexuales: “Además, me preocupa otro embarazo./ Y esos jadeos fuertes y el chirrido/ de los resortes de la cama pueden/ despertar a los niños que no duermen después/ hasta la madrugada” (Castellanos 1995, 317). Es decir, una vez más triunfa el eufemismo para encubrir el placer y el deseo, para aparentar que no se es feliz porque lo único aceptable es el fruto sagrado que se tuvo exclusivamente con fines reproductivos.

En lo mundano que representa la mujer divorciada, tampoco se acepta una libre sexualidad; hay que dar el buen ejemplo a las hijas, es un deber materno, aunque en aras de su cumplimiento se viva una doble moral. En “Kinsey report”, la divorciada dice: “De cuando en cuando echo una cana al aire/ para no convertirme en histérica./ Pero tengo que dar el buen ejemplo/ a mis hijas. No quiero que su suerte/ se parezca a la mía” (Ibid, 318).

En el entorno poético de las conductas sexuales aparece también la soltera que tiene relaciones sin que su madre se entere: “Ahora soy mecanógrafa y algunas veces salgo/ a pasear con amigos./ Al cine y a cenar. Y terminamos/ la noche en un motel. Mi mamá no se enterará” (Castellanos 1995, 317). Así, una sexualidad escondida provoca sentimientos negativos como la culpa, la vergüenza, etc. En ninguna situación fuera del matrimonio la sexualidad ni la maternidad son aceptadas en este mundo poliédrico que pinta Rosario.

Gestación y maternidad

Una de las etapas de la maternidad que marcan la identidad femenina con mayor fuerza, pero que poco se habla o se representa en el discurso poético de 1950 a 1974, donde ubicamos nuestro estudio

sobre Rosario Castellanos, es el embarazo. ¿Qué emociones, sentimientos, actitudes, miedos y pasiones se despiertan en la mujer que gesta? Porque llevar un feto en el útero, cargarlo y sentirlo crecer dentro, genera sin duda cambios radicales, transformaciones no solo físicas, sino psicológicas en la mujer.

Rosario nombra y describe esta etapa en su obra poética. Aunque en sus poemas no se definen tanto como en sus ensayos los sentimientos negativos de la mujer durante la gestación, en “La anunciación” se puede ver el embarazo como una causa del dolor físico en el yo lírico que expresa: “Porque habías de venir a quebrantar mis huesos” (Castellanos 1995, 33). Con esto hace visible el impacto, la irrupción que desde dentro implica la presencia del hijo en el vientre materno. No es una hipérbole esta imagen, porque la voz poética no exagera lo que ocurre, más bien presenta un panorama realista que rara vez podría verse en el espacio poético de los años en que Rosario escribía *De la vigilia estéril*.

En este reclamo lúdico, la mujer materna añade una serie de imágenes que denotan la dependencia del cuerpo respecto del embrión que se impone en el vientre: “Dócil a tu ademán redondo mi cintura/ y a tus orejas vírgenes mi voz, disciplinada/ en intangibles sílabas de espuma” (Castellanos 1995, 33). La docilidad y la disciplina marcan el rumbo de la relación dulce y protectora, pero también la mujer se muestra dolorida y distinta. Es definida físicamente por el otro que la transforma: “Multiplicó el latido de mis sienes,/ organizó las redes de mis venas/ y ensanchó las planicies de mi espalda” (Ibidem).

En el poema “Se habla de Gabriel” la madre habitada por el otro proyecta un sentimiento de irrupción, de desplazada en su propio espacio. Y la invasión del cuerpo se sostiene en la estrofa que añade el impacto de la apariencia física: “Fea, enferma, aburrida/ lo sentía crecer a mis expensas,/ robarle su color a mi sangre, añadir/ un peso y un volumen clandestino/ a mi modo de estar sobre la tierra” (Castellanos 1995, 291). No es la mala madre la que se asoma, es la madre que se siente invadida por el huésped. Esto irrumpe la norma de la madre en el contexto cultural, pues nadie espera que una madre exprese esos sentimientos.

Pero el yo lírico que tenemos ante el hijo que “pidió nacer”, la madre, es solo un medio; está siendo usada para continuar la historia de la humanidad: “Su cuerpo me pidió nacer, cederle el paso,/ darle un sitio en el mundo,/ la provisión de tiempo necesaria a su historia” (Castellanos 1995, 291). Y a partir de este “ceder” es que la

maternidad se puede ver como algo vulnerable, pues como expresa la voz poética, la mujer queda expuesta, sin un espacio propio aunque este sea la soledad y con una herida abierta para siempre: “Consentí. Y por la herida en que partió, por esa/ hemorragia de su desprendimiento/ se fue también lo último que tuve/ de soledad, de yo mirando tras de un vidrio” (Ibid, 291). Ser madre es quedar “abierta, ofrecida/ a las visitaciones, al viento y a la presencia” (Ibidem).

En ese camino de sentimientos encontrados en la maternidad y frente al otro que modifica el cuerpo femenino desde dentro, hay también un sentimiento de protección que embona con el rol de la madre virgen y que se dibuja en “La anunciación”: “Y yo medí mis pasos por la tierra/ para no hacerte daño” (Castellanos 1995, 33). Incluso en este momento de identificación con la criatura que se protege, hay un asomo a lo sagrado. Esta postura frente al espejo no está libre, sin embargo, de la carga cultural que le dicta ser “como un arca y como un templo:/ ungida y fervorosa,/ elevada en incienso y en campanas” (Ibidem). El título del poema “La anunciación” tiene ya una carga sagrada, pues alude al texto bíblico sobre el nacimiento de Jesús y a la más alta representación de la madre como virgen.

Así, la gestación proyecta a la madre protectora, pero también a la que sufre, sometida al cuidado de los hijos desde su concepción. La maternidad entonces se revela como una lucha simbólica identitaria que nos muestra cómo la mujer llega a ser madre.

La madre en el mundo cotidiano

La imagen de la madre en el mundo cotidiano se representa en “Válum 10” a través del caos, el extravío y la angustia. Las preocupaciones femeninas aquí son maternas no solo por la vigilancia de los hijos, sino por la vigilia de que todo vaya bien en la oficina, el salón de clases, la imprenta. En el trabajo del hogar hay que “reparar las cuentas”, “el costo de la vida”. Ser madre es pensar en el destino de los otros, estar en vigilia por ellos: “el hijo mayor que ya viste de etiqueta/ para ir de chambelán a un baile de quince años” (Castellanos 1995, 296).

Pero las preocupaciones no surgen solamente por el que se va de fiesta, sino por su futuro y sus ideologías: “el menor quiere ser futbolista y el de en medio tiene un póster del Che junto a su tocadiscos” (Ibid, 297). Lo que pareciera una simple descripción rutinaria sirve a la poeta para tomar una postura reflexiva, pues luego del repaso, hay un intermedio que ante la aparente atmósfera superflua,

abre el espacio para la revelación del yo femenino. Se trata del tiempo en que “todavía se tiene voluntad para desmaquillarse, ponerse la crema de noche y leer... antes de consumir la lámpara” (Ibidem), como si lo propio fuera lo ajeno, lo que está de más en la escena de las obligaciones maternas. Las preocupaciones de madre se entrecruzan con las de la mujer que no tiene tiempo para ella. En “Kinsey report” la casada dice: “He subido de peso con los hijos, / con las preocupaciones. Ya usted ve, no faltan” (Ibid, 317).

Es aquí donde surgen las preguntas, donde aparece la Esfinge. En este punto del poema, Rosario es finamente aguda, pues coloca a la mujer ante su misterio y no encuentra solución, sino Caos, así escrito con mayúscula como la Esfinge, para intencionar aún más la carga reflexiva que siempre le ha sido negada a la mujer: como si no pensara, como si no pudiera cuestionarse qué es ser mujer, qué es ser madre, qué significa habitar el mundo. ¿Cuál es la pregunta en la inmensidad de la vigilia con la Esfinge? No está dicha; no está el diálogo, pero sí el sentimiento de lo no resuelto: “Y tienes la penosa sensación/ de que en el crucigrama se deslizó una errata/ que lo hace irresoluble” (Castellanos 1995, 297).

Entonces la situación límite se catectiza, se somatiza en el cuerpo a través de la angustia y encuentra el recoveco de una solución pasajera en la pastilla, “en la que se condensa,/ químicamente pura, la ordenación del mundo” (Ibid, 297). Es decir, tomar la pastilla que ordena el Caos implica también conciliar el engranaje de las distintas funciones para que no se desnivele el mundo, incluyendo el cuidado personal. Pero este orden inmediato es el simbolismo de una postura existencial que se ensaya cada noche en alguna madre-mujer-trabajadora que cuestiona la vida, regida por las preocupaciones impuestas.

En el poema “Recordatorio” el rol poliédrico de la maternidad entra en el espectro del destino: “Ay, destino, destino./ He pagado el tributo de mi especie/ pues di a la tierra, al mundo, esa critatura/ en que se glorifica y se sustenta” (Castellanos 1995, 219). Y es que el precio de la maternidad radica también en ser juzgada por los hijos. En “Autorretrato” dice: “Soy madre de Gabriel: ya usted sabe, ese niño/ que un día se erigirá en juez inapelable/ y que acaso, además, ejerza de verdugo./ Mientras tanto lo amo” (Ibid, 289). La voz lírica se sincera, rompiendo la imagen la madre amorosa. No es la mala madre, simplemente deja ver que el de la madre no es un tiempo estático, que tiene fracturas visibles, como el enfado, el cansancio o el aburrimiento:

“Como todos los huéspedes mi hijo me estorbaba/ ocupando un lugar que era mi lugar,/ existiendo a deshora,/ haciéndome partir en dos cada bocado” (Ibid, 291).

También aparece la madre en el poema “Telenovela”, donde la pantalla reproduce las aberraciones cotidianas frente a la hija. “La viuda que cose hasta perder la vista/ para costear el baile de su hija quinceañera/ que se avergüenza de ella y de su sacrificio/ y la hace figurar como una criada” (Castellanos 1995, 313). A pesar de los enfados y las contrariedades, en “Tan-tan, ¿quién es?”, la madre implora a la muerte otro plazo, pues no termina con sus tareas pendientes: “una sopa a medio cocinar, un suéter/... un asunto pendiente de sentencia en el juzgado” (Ibid, 314), además de los hijos “que no quieren ser huérfanos/ y el otro que no sabe enviudar” (Ibid, 315). Esto nos muestra cómo afloran los distintos sentimientos en las prácticas cotidianas de la maternidad.

Palabras finales

Rosario Castellanos nos deja ver que la maternidad no se queda fija en un estereotipo. En todo caso es un crisol de estereotipos que se funden en la imagen de la madre: la madre virginal (inmaculada), la madre protectora, la madre cotidiana que sufre la vida, la madre viuda, la madre huérfana de su prole, la madre violada, la madre prostituta, la madre verdugo, la que sueña ser madre (esposa estéril, soltera, señorita, lesbiana), la que abortó o interrumpió su destino de ser madre (soltera, prostituta, la esposa que tiene control de natalidad), la madre juzgada por sus hijos.

Coexisten visiones encontradas tanto en el mundo representado por Rosario como en nuestro contexto cultural. Aparecen las mujeres madres que sientan las bases de su maternidad como la única posibilidad de trascendencia, viven para los otros y el tiempo propio se desdibuja en el trabajo cotidiano del hogar que se convierte en vacío, en una interrogante existencial ante al espejo. Frente a esta visión, se ven las madres que luchan por romper las ataduras a una tradición que las confina y buscan la armonía entre los múltiples roles que desempeñan: el trabajo fuera de casa, el trabajo en el hogar, el cuidado de los hijos, del marido, de las dinámicas familiares.

La maternidad múltiple tiene tentáculos de pulpo y sin embargo se rige todavía, como en la poética de Rosario, por prejuicios de la dominación masculina que yacen en el fondo de la cultura y que se activan ante cualquier circunstancia. Así, la imagen materna tiene un

rostro virginal en tanto que es protectora, formadora, pero también asoma la madre castigadora, la que señala el camino victimizado de las apariencias y la doble moral. Entonces sus tentáculos alcanzan los estigmas y la madre puede ser vista, incluso por sus hijas, como bruja y demonio; puede ser odiada, despreciada y vista como criada; es juzgada con vara dura por sus hijos.

El mundo metafórico de Castellanos proyecta múltiples maternidades o prácticas de la maternidad en las que sobresalen aspectos relacionados con el cuerpo, como la menstruación, la gestación, el aborto, el parto y el deseo sexual. A esto se añan sentimientos de la madre como la culpa, la vergüenza y los sentimientos de invasión y de que ha sido desplazada. Con esto, podemos concluir que la maternidad no se puede ver como algo abstracto, mítico y virginal o como algo que debe seguir confinado al hogar y en relación siempre con el padre-hijo al que atiende, cuida y protege. Debemos hablar más bien de maternidades, distintas, coloridas, con tonalidades que rebasan lo claro y lo oscuro para fundirse en un arcoíris multicolor que opalesce en las individualidades representadas por Rosario Castellanos.

References:

- Bonifaz, Óscar. 2000. *Una lámpara llamada Rosario*. 2ª. Edición, Tuxtla Gutiérrez: Coneculta Chiapas.
- Bleichmar, Emilce Dio. 2014. *Mujeres tratando a mujeres. Con mirada de género*. http://www.biblioteca.cij.gob.mx/Archivos/Materiales_de_consulta/Drogas_de_Abuso/Articulos/mujeres1.pdf.
- Borjam-Puyal, Miriam y Juan Manuel Martín. 2024. ¿Buenas o malas?: La maternidad a debate en la literatura del cambio de siglo. *Ocenáide*, 17: 51-57. <https://oceanide.es/index.php/012020/article/view/137>
- Castellanos, Rosario. 1995. *Poesía no eres tú*. México: FCE.
- Castellanos, Rosario. 1998a. *El eterno femenino. Obras II. Poesía, teatro y ensayo*. México: FCE.
- Castellanos, Rosario. 1998b. *Juicios sumarios. Obras II. Poesía, teatro y ensayo*. México: FCE.
- Castellanos, Rosario. 1998c. *Mujer que sabe latín. Obras II. Poesía, teatro y ensayo*. México: FCE.
- Castellanos, Rosario. 2005. *Sobre cultura femenina*. México: FCE.
- Castellanos, Rosario. 2024. *Mujer de palabras*, Vol. II. México: FCE/ UNAM.
- De la Paz, Leticia. 2022. Challenging Female Roles and Spaces: Adrienne Rich's *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution*. *Revista Internacional de Culturas y Literaturas*. DOI:10.12795/RICL2022.i25.20.

- Lagarde, M.2012. *El feminismo en mi vida. Hitos, claves y topías*. Instituto de las Mujeres del Distrito Federal. https://www.te.gob.mx/herramientas_genero/media/pdf/879a38ec0aa9a0e.pdf.
- Marchisio, Silvina Alejandra y Claudia Inés Campo. 2016. *La figura maternacomodelo de feminidad en un grupo de mujeres de mediana edad. Un análisis desde la teoría psicoanalítica y los estudios de género*. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII.Facultad de Psicología-Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. <https://www.aacademica.org/000-044/777>
- Megged, Nahum. 1994. *Rosario Castellanos. Un largo camino de la ironía*. El Colegio de México / UNAM.